

hombre afronta dos muertes: una individual y otra como especie. Somos responsables de la civilización entera, es una responsabilidad que no la había conocido ningún hombre antes, salvo nuestra generación. Parece indicar que vamos a la destrucción, por medio de una guerra nuclear terminaremos matándonos unos a otros y volveremos a la prehistoria si tenemos suerte.

- ¿Y la literatura?

- Mi literatura cada día está más vinculada a este destino del hombre, yo sé bien que hay autores que no les importa mucho, pero para mí es fundamental el tema, quizá son temas recurrentes los años de fin de milenio, en el año 1000 hubo también mucha alarma con el fin.

El hombre es fantasma de sí mismo, no sólo el hombre individual sino como ser colectivo que se convertirá en una sombra de lo que fue. Veo una presencia bíblica y poética, la catástrofe nuclear es la expulsión del paraíso terrenal, el hombre lo va a lamentar cuando lo vea, ahora lo tiene todo... recuerdo la reflexión de Dante: "no hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria", para mí *El último Adán* es parte del hombre en esta situación miserable, cuando lamenta lo que perdió.

Irving Ramírez



### Domingo junto al paisaje

Cuando un escritor llega al filo de los cuarenta después de haber cumplido con una trayectoria literaria digna y altamente encomiada, como ha sido el caso de Luis Arturo Ramos, la publicación de un nuevo libro constituye un riesgo para consigo mismo, los lectores y los críticos. *Violeta-Perú*, novela iniciática en más de un sentido, *Los viejos asesinos*, libro de cuentos de méritos indudables, *Intramuros*, novela seria, disciplinada, disfrutable, auguraban lo que era de esperarse: una madurez estilística, una visión del mundo más definida, una garra narrativa más certera.

A diferencia de muchos de los narradores de su generación, que se han apresurado a publicar libros "deleznable" —por usar una palabrita llena de síntomas contemporáneos— Luis Arturo se ha cuidado de tal ve-

leidad. La prueba es *Domingo junto al paisaje* (Leega Literaria, México, octubre de 1987). Dos relatos largos —que no dos "novelas", como se pregona en la contraportada— llenan las páginas de este libro que, como objeto de arte, es intachable: portada e interiores son hermosos e invitan a la lectura sosegada, placentera.

El primer relato "Domingo" cosa curiosa, lo había conocido antes como adaptación videográfica, guionizado por Octavio Reyes, de modo que ya tenía imágenes memorables para compararlas con las que me suscitaría el texto escrito— es la vivencia que comparte el lector con un protagonista que desde el primer momento me pareció lejanamente conocido: un médico que ha abandonado su profesión, su vida de viajes, sus posibles amores y aventuras, para recluírse en un pueblo —un puerto— a cuidar rencorosamente a su madre, a liquidarla por medio de la imaginación, a maquinar obras literarias, frases memorables para libros que nunca escribirá.

A diferencia de la prosa apresurada e irresponsable de sus contemporáneos, de sus relatos ligeros, sin más fundamentos que la peripecia y el efecto dramático, las virtudes de los textos de Luis Arturo guardan un parentesco definido con dos narradores dignos de relectura: José Revueltas y Juan Vicente

Melo: Del primero encuentra uno en "Domingo" la escritura precisa, minuciosa, sobre todo inteligente y su afición a la muerte y a los dolores esperpénticos del cuerpo demasiado consciente de sí mismo; del segundo es posible encontrar en "Domingo" —y también en varios relatos de *Los viejos asesinos*— el ambiente ritual, el tiempo inmóvil, la certeza de la inutilidad del paso del tiempo y de la ineffectividad de la acción del hombre sobre su historia y mucho menos sobre la Historia.

A este árbol genealógico ilustre y severo habría que agregar algunos parientes norteamericanos, que parecen haber enseñado a Luis Arturo la necesidad de tomar en cuenta las expectativas del lector, sus deseos de que haya cambios en los protagonistas y algunas pistas distribuidas aquí y allá para mantener la atención concentrada desde el principio hasta el fin: menos inmovilista que Juan Vicente Melo, más atento a los reclamos del lector que busca calidad en la prosa pero también un aparato narrativo digno de recuerdo, menos simbólico y mensajista que Revueltas, Ramos se muestra aquí, en "Domingo", como un narrador que es a la vez estilista. Lo suyo parece ser la búsqueda de una desdramatización del mundo: su protagonista —como casi todos los de Melo— no consume sus deseos, y da con ello pauta a pensar



A. Muniz

en las relaciones que podríamos encontrar con el mundo contemporáneo, en el cual cada vez más el hombre es menos activo, menos transformador, más víctima de sí mismo y de la Historia. Concepción escéptica que ya era vislumbrable en todos sus textos anteriores, en los cuales los personajes invariablemente están sujetos a sólo un género de goces: los imaginarios.

Decir que *me gusta* "Domingo" es impreciso, como sería poco acertado calificar de agradable una película como "Pi-

xote" o una novela como *Sobre esta piedra*. Hay en la lectura de este relato un placer de lector que reconoce, huele y siente la buena escritura y un reconocimiento de que está ante un texto con raigambre, afinado en una seria confrontación con la naturaleza de la *realidad* o por lo menos de la realidad como la entiende Ramos.

El segundo y último texto del breve libro, titulado "Junto al paisaje" es el relato minucioso, sutilísimo —y parece que Ramos tiene una obsesión por la sutileza, un terror cerval a caer en lo obvio, en el dramón, en el final efectivista— del viaje en tren de una pareja de adolescentes cuyo parentesco o relación nunca se define: ¿son compañeros de colegio, hermanos, amigos? Gran parte de la tensión— espiritual, psíquica— del relato se basa en la posibilidad de que se consume materialmente una unión que será más pecaminosa cuanto mayor sea el parentesco y la juventud de los protagonistas. Juegan, imaginan ser esposos, amantes, y del lector depende que el texto se entienda como obsceno, castamente imaginativo o simplemente natural. La presencia de un ciego en el mismo compartimiento de los adolescentes, sirve para amenazar los vuelos de la imaginación y tal vez para añadir una nueva dimensión a los juegos de amor de los adolescen-

tes. Un aire extraño, casi existencialista, recorre este texto, que como el anterior del libro, parece estar escrito por una mente netamente cinematográfica: las imágenes, las descripciones de los paisajes y los gestos, los cambios de puntos de vista, certifican esta hipótesis.

Escritura sin zonas blandas, relatos serios que pretenden llegar al fondo de la naturaleza humana sin mensajes o discursos pedantes, vocación estilística propia que se basa en estudio minucioso de los maestros, una concepción del mundo y de la literatura —en la que la desdramatización de la vida es pilar: en nuestro tiempo todo sucede a pesar de los hombres, por encima de ellos, es inútil luchar, sólo la imaginación puede salvarnos del desastre de la miseria íntima—, una conciencia profunda en la vocación del escritor como profesión sin recompensas palpables pero abierta la posibilidad de comprender o justificar el mundo. Virtudes que muestra Luis Arturo Ramos en *Domingo junto al paisaje* y que lo diferencian de la gran masa de quienes utilizan a la literatura como medio y no como fin en sí misma.

Luis Arturo Ramos, *Domingo junto al paisaje*, 1a. Ed. Leega Literaria, México 1987, 81 pp.

Marco Tulio Aguilera  
Garramuño



A. Muniz

### Crítica de la modernidad

—¿Quién es Jean Baudrillard?  
¿Un sociólogo impertinente, un semiólogo radical, un inquietante maestro del pensamiento, un atropólogo inexistente, o un filósofo de la desconfianza?

—Se podría continuar también de un modo más radical: un historiador sin historia, un filósofo sin filosofía, un metafísico sin metafísica, etc... ¡Quizás soy un sociólogo sin sociedad! Creo que actualmente no es posible proseguir con las definiciones: es necesario cambiar de perspectiva. Mi formación no es sociológica y mucho menos filosófica. He tenido numerosas experiencias típicas de mi gene-

ración, como el psicoanálisis o el marxismo —¿quién no ha sido de algún modo marxista?—, pero ha sido la historia de las ideas la que me ha enseñado a observar la actualidad con una perspectiva insólita y radical.

—Sus obras muestran ciertas deudas intelectuales: Barthes, Lacan, Sartre, Foucault. Usted no parece reconocerlas: ¿por qué es necesario “olvidar a Foucault”? ¿y a los otros?

—No son mis maestros. Personalmente me siento más cercano a Barthes en términos de afinidad y de modelos de referencia. No he leído jamás a Lacan aunque sí lo he escuchado con frecuencia. Posee una gran familiaridad con la simulación, es un gran simulador. Pero me siento más próximo a Sartre por un lado, y a Barthes y a los situacionistas por el otro.

—¿Qué piensa de la crítica barthesiana a la ideología política convertida en una mitología de nuestro tiempo? ¿Existen los mitos de hoy?

—Estoy completamente de acuerdo con él: es el modo más inteligente y brillante de analizar problemas y situaciones que ahora parecen no tener nada que decir. Los análisis más inteligentes proceden de Sartre y de Barthes.

—Pero, ¿cuál Sartre?, ¿el de la *Crítica de la Razón Dialéctica* o el de *El Ser y la Nada*?

—Ciertamente el primero, el analista de situaciones. De he-